

De humillación y respetabilidad. Trayectorias laborales y experiencias políticas de mujeres migrantes en la ciudad de Córdoba, Argentina

María Victoria Perissinotti*

CIECS-CONICET/UNC
vperissinotti@gmail.com

Recibido: 20.03.19

Aceptado: 13.07.19

Resumen: En este artículo propongo explorar, simultánea y relacionamente, dos ámbitos de la experiencia vital de algunas mujeres migrantes de la Argentina contemporánea: el trabajo y la política. A lo largo de casi diez años de investigación, he descubierto que la política y la organización colectiva tienen un valor ontológico fundamental para muchas mujeres peruanas que viven en las periferias de las ciudades argentinas. Para comprender acabadamente la dimensión de ese valor es preciso poner en relación el mundo de la política con el mundo del trabajo. En este artículo exploro entonces las relaciones de asimetría y las vivencias de humillación que mis interlocutoras sufren en sus ámbitos laborales y repongo los hilos invisibles que unen esas experiencias con el lugar de dignificación que encuentran en sus trayectorias políticas. El texto muestra que, desde la perspectiva de las mujeres peruanas protagonistas de esta investigación, los dos ámbitos se referencian y nutren mutuamente porque los lugares de respetabilidad que construyen en el mundo de la política les permiten subvertir los lugares subjetivos de humillación que viven en el trabajo. La metodología empleada está basada en un trabajo etnográfico realizado en tres

* Magíster en Antropología y Doctoranda en Ciencias Antropológicas por la Universidad Nacional de Córdoba. Becaria doctoral de CONICET.

barrios populares de la ciudad de Córdoba, que combina observación participante con entrevistas en profundidad.

Palabras clave: mujeres migrantes; experiencias políticas; trayectorias laborales.

De humilhação e respeitabilidade. Trajetórias trabalhistas e experiências políticas de mulheres migrantes na cidade de Córdoba, Argentina

Resumo: Neste artigo eu exploro, simultânea e relacionalmente, duas áreas da experiência de vida das mulheres migrantes na Argentina contemporânea: trabalho e política. Ao longo de quase dez anos de pesquisa, eu descobri que a política e a organização coletiva têm um valor fundamental para muitas mulheres peruanas que vivem na periferia das cidades argentinas. Para entender plenamente a dimensão desse valor, argumento, é necessário relacionar o mundo da política com o mundo do trabalho. Assim, neste artigo eu exploro a relação de assimetria e as experiências de humilhação que meus interlocutores sofreram em seus ambientes de trabalho e tento relacioná-las com o lugar de dignificação que elas encontram em suas trajetórias políticas. A metodologia é baseada em um trabalho etnográfico em três bairros do município de Córdoba, combinando observação participante com entrevistas.

Palabras Chave: mujeres migrantes, antropología política, trajetórias de trabalho.

Of humiliation and respectability. Labor trajectories and political experiences of migrant women in the city of Córdoba, Argentina

Abstract: The main aim of this article is to explore, simultaneously, the labor trajectories and the political experiences of migrant women in contemporary Argentina. Throughout almost ten years of research, I have discovered that collective organization and political participation have a fundamental ontological value for many Peruvian women who live in the peripheries of Argentinian cities. To fully understand the dimension of that value, I argue here, it is necessary to make the effort of analyzing both their political practices and their labor trajectories at the same time. Thus, in this article I explore the experiences of humiliation that my interlocutors suffer in their work environments and I replace the threads that unite these experiences with the place of dignification that they find in their political trajectories. The methodology used is based on long-term ethnographic fieldwork in three popular neighborhoods in the city of Córdoba, which combines participant observation with in-depth interviews.

Keywords: migrant women; political anthropology; work trajectories.

Introducción

La investigación en la que se basa este artículo no partió del trabajo como objeto de estudio, sino que llegó a él por medio de la política. Desde hace casi diez años acompaño distintos procesos de organización colectiva y participación política de mujeres migrantes —mayoritariamente peruanas— que viven en barrios y asentamientos populares de la ciudad de Córdoba, Argentina. Dentro de esos procesos, destaca especialmente una serie de acciones de organización vecinal para construir “un lugar donde vivir”, es decir, tornar *habitables* espacios baldíos con el objetivo de erigir un barrio y edificar allí una vivienda *propia*. Sucede que la migración peruana que ha llegado en los últimos 15 años a la ciudad de Córdoba, así como a otras grandes ciudades del país, se ha enfrentado a una serie de dificultades económicas, políticas y sociales que hacen virtualmente imposible su acceso al espacio urbano mediante canales “formales” como el mercado inmobiliario o las políticas públicas de vivienda¹. En consecuencia, los y las migrantes de origen peruano en particular y sudamericano en general, debieron recurrir a estrategias de “construcción social del hábitat” (Ortiz Flores, 2012) que, como argumenté en otras oportunidades (Perissinotti, 2018, 2019), se desarrollan, sostienen y legitiman mediante prácticas políticas y de organización colectiva que tienen por principales protagonistas a mujeres.

Ahora bien, a lo largo de mi investigación pude advertir que para esas mujeres la política no es solamente un “medio” para reclamar y acceder a bienes socialmente significativos en el marco de los procesos de urbanización y construcción social del hábitat que las tenían como protagonistas. Más bien, y esto es fundamental, para las mujeres peruanas con las que realicé mi trabajo, la política es también un *lugar* en donde ser y estar. Es decir, y como veremos a lo largo de este texto, para estas mujeres migrantes la política tiene un *valor* fundamental, pues les permite producir sentidos de dignidad personal y modos de existencia social que contrastan con las experiencias que tienen en casi todos los otros

¹ La relación entre los procesos migratorios provenientes de los países sudamericanos y el asentamiento de estas poblaciones bajo modalidades informales de habitación, se inscribe en un contexto histórico de larga data, que conjuga trayectorias laborales fuertemente precarizadas con “un mercado inmobiliario excluyente [y con] un Estado que no ha logrado implementar políticas habitacionales de carácter integral, que solucionen el problema del acceso al suelo” de los sectores populares, sean estos migrantes o nacionales (Mera y Vaccotti, 2013: 195). Para ahondar en esta relación, ver: Magliano, Perissinotti y Zenklusen (2014), Gago y García Pérez (2014), Gallinati, (2015), Marcos y Mera (2018), Vaccotti (2017).

ámbitos de sus vidas². Y aquí es donde me resultó necesario “ir” al tema del trabajo, pues de todas esas experiencias la más importante es, sin dudas, la del ámbito laboral y las constantes relaciones de explotación y sentimientos de humillación que experimentan allí.

Como muestra una multiplicidad de investigaciones, los grupos migratorios poseen, en general, un acceso marginal y reducido al mercado laboral, segmentado a partir de elementos étnicos, raciales, de género y de clase. En Argentina en general y en Córdoba en particular, esta configuración del mercado laboral da como resultado que los migrantes latinoamericanos se inserten en sectores específicos del mercado de trabajo que se distinguen por su precariedad, inestabilidad e informalidad. El empleo doméstico remunerado, la enfermería, el trabajo textil y la venta ambulante, constituyen ocupaciones que reúnen a un amplio conjunto de esta población (Bastia, 2007; Gago, 2014; Magliano, 2017; Mallimaci Barral, 2016; Rosas, 2010). Casi la totalidad de las mujeres que conocí durante mi investigación en los barrios Los Pinos, Sabattini y Rancagua de la ciudad de Córdoba, se dedicaba a alguna de estas actividades. Y, durante nuestras entrevistas, así como en las conversaciones informales que tenían entre ellas y que pude registrar, todas refirieron por lo menos alguna experiencia de malestar, maltrato o humillación en su trabajo. Sostengo entonces que, para comprender el valor que las prácticas políticas y de organización colectiva adquirieron para mis interlocutoras migrantes en tanto que *lugar* en donde estar, es necesario ponerlas en relación con sus experiencias y trayectorias laborales. Así pues, el objetivo de este artículo consiste en explorar, simultánea y relacionadamente, el mundo de la política y el mundo del trabajo, buscando identificar los hilos que unen a estos dos ámbitos de la experiencia vital de las mujeres protagonistas de mi investigación y de muchas mujeres migrantes de la Argentina contemporánea.

En los últimos años, las ciencias sociales han recuperado el interés por las relaciones entre trabajo y política de la mano de un resurgimiento de estudios sobre sindicalismo y nuevas formas de organización sindical (Abal Medina, 2014, Abal Medina y Diana Ménendez, 2011, Delfini y Montes Cató, 2016; Ventrìci, 2017;

² Esta propuesta no implica desconocer que existen conflictos y discriminación en los procesos de organización y acción colectiva, como bien muestra Grimson (2009) para un caso cercano al aquí abordado y como he podido analizar en otras oportunidades (Autor, 2016). Sin desconocer esta realidad, este texto busca sin embargo centrarse en un aspecto particular de la participación política y sus vínculos con las experiencias laborales, dejando necesariamente de lado cuestiones que podrán ser abordados en otra oportunidad.

Wolanski 2013). Por su parte, los estudios sobre migraciones internacionales han ahondado específicamente en la relación entre sindicatos y trabajadores migrantes, mostrando que se trata siempre de una relación ambigua y contradictoria, que por momentos llega incluso a tornarse tensa y conflictiva (De la Haba Morales, 2002, 2008; Munk, 2014). Por otro lado, una serie de estudios recientes se ha abocado a explorar, desde una perspectiva etnográfica, aquello que Abal Medina (2016) dio en llamar “las formas políticas del trabajo”. En el marco de las transformaciones contemporáneas del mercado laboral, estas investigaciones buscaron comprender la interdependencia que existe, en los sectores subalternos, entre prácticas políticas y ciertas formas de trabajo productivo, especialmente el cooperativo (ver, Fernández Álvarez, 2016a y 2016b; Fernández Álvarez, Litman y Sorroche, 2015; Litman, 2017; Señorans, 2018). Lo que muestran es que para aquellas personas que han quedado por fuera del régimen salarial, organizarse colectivamente constituye una forma de gestionar y sostener modos de reproducción material de la vida. Por eso, para estas personas, trabajo y política son inescindibles.

Este señalamiento resulta fundamental para el caso que aquí nos ocupa, incluso si las experiencias políticas que indago en este artículo no remiten estrictamente a procesos de organización y gestión colectiva del trabajo, a luchas sindicales o acciones de resistencia por cuestiones laborales, como sí hemos hecho en otras oportunidades (Magliano, Perissinotti y Zenklusen, 2017). Sin embargo, lo que busco mostrar es que la politicidad de las mujeres migrantes que viven en la periferia urbana de las ciudades argentinas no puede comprenderse acabadamente si no es por medio de su relación con el mundo laboral. Lo que equivale a decir que, también para estos sectores (aunque por otras razones), política y trabajo resultan inescindibles.

La antropología de la política aporta las herramientas teóricas y metodológicas fundamentales para realizar esta lectura, en tanto desde un enfoque etnográfico que aboga por dar cuenta del carácter vivo y dinámico de los procesos políticos (Fernández Álvarez, Quirós y Gaztañaga, 2017), permite integrar los diversos y heterogéneos espacios, prácticas y relaciones sociales que este trabajo tiene por objeto analizar. Dicha perspectiva propone entender a la política menos como un “dominio” específico y más como un proceso imbricado con otros “procesos sociales y representaciones que, en principio, corresponderían a otros ‘espacios’” (Rosato y Balbi, 2003: 14). El “trabajo” puede pensarse entonces como uno de esos otros “dominios”, en principio no necesariamente relacionado con la política pero que, como muestra Virginia Manzano (2013), puede guardar múltiples relaciones que es preciso explorar. Asimismo, la perspectiva interseccional -un enfoque teórico-metodológico que busca comprender las relaciones

sociales de poder a partir de analizar los modos en que las categorías de género, etnicidad y clase social se articulan en la producción de desigualdades sociales (Magliano, 2015)- aporta los elementos necesarios para arrojar luz sobre los condicionamientos estructurales que se esconden detrás de las situaciones de explotación y humillación laboral que experimentan mis interlocutoras.

Apoiado en estas perspectivas, el artículo recupera el material etnográfico construido durante el trabajo de campo que vengo realizando desde 2010 en barrios populares de la periferia de la ciudad de Córdoba; barrios construidos y habitados por migrantes peruanos, bolivianos y paraguayos que arribaron a la Argentina desde principios del 2000 en adelante. Las técnicas de recolección de datos fueron, fundamentalmente, la observación participante y entrevistas abiertas en profundidad. Para este texto en particular, me detengo en la trayectoria de tres de mis interlocutoras, quienes mantienen vínculos y relaciones con distintas organizaciones políticas: Marta³, quien actualmente preside la Junta Directiva del barrio en el que vive y es referente territorial del Movimiento Evita (uno de los movimientos populares con mayor presencia territorial en la provincia de Córdoba y con mayor peso político en la escena nacional de los últimos cinco años, luego de su protagonismo en el proceso de conformación la Confederación de Trabajadores de la Economía Popular, CTEP); Vanesa, también referente territorial del Movimiento Evita en su barrio, y Clara, representante barrial de un grupo de mujeres peruanas nucleadas en el Movimiento de Trabajadores Excluidos, otro de los movimientos sociales que conforman la CTEP. Si decidí centrarme en las trayectorias de estas tres mujeres es porque, desde el enfoque etnográfico que sustenta este trabajo propongo sumergirnos de lleno en los micro-procesos de acción e interacción que registré acompañando el “hacer” (Quirós, 2014) de estas tres mujeres, cuyas experiencias condensan en gran medida la variedad de situaciones que relevé en campo. Con respecto al origen nacional de mis interlocutoras, se trata de mujeres peruanas no tanto por una decisión metodológica tomada a priori, sino más bien por las dinámicas y azares del trabajo de campo. Sucede que, la migración peruana a Córdoba constituye actualmente la corriente más importante de la ciudad, según indica el último censo nacional (2010) y según estimaciones de la Dirección Nacional de Migraciones Delegación Córdoba. De allí que, durante mi trabajo de campo, me encontrara fundamentalmente con mujeres peruanas.

³ Los nombres propios (de personas y de lugares) que utilizo en este texto son ficticios en pos de preservar la privacidad que me solicitaron mis interlocutores.

Una madeja llena de nudos: trayectorias⁴ laborales, espaciales y políticas

Como muchos de los peruanos que arribaron a la Argentina entre mediados de la década del 90 y principios del siglo XXI, Marta, Vanesa y Clara vinieron a Córdoba buscando “progresar”, persiguiendo la posibilidad “de estar mejor”, de “darle un futuro mejor a [sus] hijos”. Sin embargo, la segmentación del mercado laboral a partir de elementos étnicos, raciales y de clase, restringió sus posibilidades de conseguir trabajos formales y las tres acabaron desempeñándose en empleos informales, inestables y mal pagos, como casi todas sus vecinas y compatriotas. “Trabajos para inmigrantes”, como diría Sayad (1998). Marta, por ejemplo, llegó a Córdoba en el 2002 e inmediatamente comenzó a trabajar como empleada doméstica, del mismo modo en que lo hace casi el 60% de las migrantes peruanas que llegan a la Argentina (Groisman, y Sconfianza, 2013). Un par de años más tarde, luego del nacimiento de su segunda hija, renunció a este trabajo y hasta ahora no ha vuelto a tener un empleo formal, sino que alterna entre distintas “changas”⁵ de la hoy denominada “economía popular”, es decir, aquella que se encuentra excluida del sistema salarial formal y que cubre ocupaciones varias, desde el trabajo en construcción hasta los “cuida-coches” y “cartoneros”. La última “changa” que Marta desarrolló consiste en instalarse en una de las plazas céntricas más concurridas de la ciudad, disfrazada con el traje de un famoso personaje de Disney y cobrar \$50 (equivalente a un dólar americano) cada foto que se quieran tomar con ella.

Algo similar le sucedió a Vanesa, quien llegó desde Lima en 1995 y, a pesar de tener un título universitario de licenciada en comunicación social, el único rubro en el que consiguió trabajos medianamente estables fue en el del empleo doméstico. Y si digo “medianamente estables” es porque, como le sucedió a casi todas mis interlocutoras, Vanesa también tuvo una trayectoria de varios trabajos distintos, a los que entraba y salía conforme a la voluntad de sus empleadores y no

⁴ La categoría “trayectoria”, originalmente asociada a la propuesta teórico-metodológica de Pierre Bourdieu (1997) —en la que designa una serie de posiciones sucesivamente ocupadas por un agente en un determinado campo social— es tomada en este texto a partir del modo en que se resignifica en los estudios sobre trayectorias laborales. Ver, por ejemplo, Zibecchi (2014).

⁵ Categoría del habla coloquial que refiere a trabajos informales, esporádicos y sin relación de dependencia.

de un contrato formal que resguardase sus derechos⁶. A lo largo de 12 años, Vanesa acumuló más de cinco empleos, solo dos de ellos formales. En el 2007, cansada de los malos tratos y la mala paga, empezó a rebuscárselas vendiendo “de todo”: bijouterie, tejidos, artesanías. Hoy trabaja como feriante, comprando y vendiendo ropa usada en una de las ferias de la economía popular más importantes de la ciudad. Y, de tanto acompañarla, su marido también comenzó a trabajar en la feria y ahora vende té y café a los puesteros.

Aunque quizás, la trayectoria más particular sea la de Clara, quien llegó a Córdoba en 1985 con el objetivo de estudiar medicina. Los apremios económicos le imposibilitaron continuar su carrera y se vio obligada a tener un sinfín de “changas”, entre las que apareció el empleo en limpieza y luego el trabajo doméstico. Desde que la conocí en 2009, Clara quería dejar ese trabajo y así tener más tiempo para “caminar el barrio”, pero su situación económica no le permitía esta posibilidad. Hace aproximadamente tres años consiguió una solución parcial: renunció a su trabajo como empleada doméstica y se dedica a cuidar ancianos hospitalizados solo durante los fines de semana. Sin embargo, hasta ahora no ha logrado que ninguno de sus empleadores la formalice. Tampoco lo logró su marido, quien trabaja en la construcción hace más de 15 años, siempre en condiciones de informalidad laboral.

8



Así pues, en los recorridos laborales de las protagonistas de mi investigación y de sus familias, la migración y la informalidad se articularon de manera indisoluble, generando fronteras sociales que se reflejaron, entre otras cuestiones, en sus (im)posibilidades para conseguir un lugar donde vivir. Las trayectorias habitacionales de las familias peruanas con las que trabajé ilustran a la perfección dichas posibilidades: al momento de su llegada, logran costear por algunos meses una habitación en alguna pensión céntrica, pero esto se va complicando cada vez más, entre otras cosas porque las pensiones suelen tener severos códigos de convivencia que dificultan la presencia de familias con hijos pequeños, como es el caso de muchos de mis interlocutores. Sin recibos de sueldo ni garantías propietarias, el alquiler tampoco es una posibilidad. Como hemos mostrado en otros trabajos (Magliano, Perissinotti y Zenklusen, 2014; Perissinotti, 2019), frente a estas dificultades para acceder al mercado inmobiliario formal o a políticas públicas de vivienda, estas mujeres y sus familias participaron de procesos colectivos de tomas de tierras y producción social del hábitat en distintos terrenos fiscales ubicados en la periferia de la ciudad. Fue en estos procesos de construcción de espacios habitables para vivir que estas mujeres comenzaron a parti-

⁶ Profundizaremos esta cuestión en el siguiente apartado.

cipar de distintas experiencias de organización y participación política, tales como la conformación de juntas directivas, la coordinación de asambleas barriales y el recorrido por distintas instituciones y reparticiones estatales para lograr la instalación de servicios básicos. En otras palabras, fue en su búsqueda por encontrar un lugar donde vivir, que estas mujeres se involucraron con la política colectiva y terminaron protagonizando distintos procesos que, siguiendo a Lagroye (2003), podemos entender como de “politización”.

Antes de entrar de lleno en esos procesos (o quizás para poder hacerlo), es preciso enfatizar que los lugares en donde estas mujeres y sus familias construyeron sus barrios eran, hasta el momento de las tomas de tierra (entre fines del 2008 y principios del 2009), espacios baldíos, cubiertos de maleza y de basura. Se trataba también, en todos los casos, de terrenos ubicados en zonas periféricas de la ciudad, que no contaban con ningún servicio básico y que presentaban serios problemas infraestructurales. Quizás por eso, casi todas las personas con las que hablé a lo largo de mi investigación compartían la sensación que el primer encuentro con esos terrenos les había dado: tal como estaban, esos lugares eran *inhabitables*. Con esto quiero decir que, para las personas con las que trabajé, llegar a esos terrenos no fue algo fácil. Todo lo contrario: “fue una tragedia”, como me comentaron alguna vez. A pesar de esa sensación, y como también me explicaron las mujeres, la migración había sido una apuesta en búsqueda de un progreso social al que no estaban dispuestas a renunciar. Por el contrario, era algo por lo que iban a luchar; y la toma de tierras en aquellos terrenos tenía que ver con esa lucha. Buscando tornar habitables esos terrenos, Marta, Vanesa y Clara comenzaron a involucrarse cada vez más y a participar del esfuerzo que sus vecinos venían realizando por transformar esos espacios en *barrios*. “Y así fue como empezó la lucha”, me explicó Clara; lo que equivale a decir —como lo muestran otros trabajos sobre procesos sociales análogos (Borges 2003, Canelo, 2013; Ferraudi Curto 2014; Gallinati, 2015; Merklen, 1997)— trabajo: “el trabajo socialmente necesario” (Quirós 2011:279) y “necesariamente colectivo” (Fernández Álvarez, 2016a:17) para transformar espacios baldíos en barrios “de verdad”.

Fue a través de esa lucha que una serie de mujeres migrantes que habían llegado a la ciudad de Córdoba en busca de mejores oportunidades para ellas, para sus hijos y para sus familias, se fueron involucrando paulatina y procesualmente en distintas formas de hacer política: organizaron repertorios de acción e intervención en su barrio, produjeron los “colectivos” pertinentes para determinados objetivos (asambleas, sectores, agrupaciones de vecinos), coordinaron acciones colectivas y de protesta, generaron y protagonizaron instancias de interlocución con militantes, funcionarios, profesionales y técnicos, demostraron una y otra

vez (llamando por teléfono, acercándose a las oficinas, pidiendo volver a hablar con los funcionarios, mostrando interés y tenacidad) que eran “merecedoras” de aquello que reclamaban. De allí que, como señala Julieta Quirós (2011: 235), aunque en principio esas actividades puedan desempeñarse y ser entendidas en términos de “trabajo social”, sus condiciones y efectos acabaron tornándolas “trabajo político”. Fue este trabajo cotidiano el que produjo y legitimó a las mujeres con las que trabajé como referentes barriales y así, como interlocutoras políticas válidas, tanto para las oficinas y funcionarios del Estado con los que debieron lidiar, como también frente a sus propios vecinos. En un movimiento simultáneo e interdependiente, el barrio y las referentes se fueron construyendo mutuamente. Tan importante fue este proceso que, al día de hoy -casi diez años después del comienzo de las tomas de tierra- estas mujeres siguen protagonizando procesos de organización en sus barrios y ocupando lugares fundamentales en los entramados políticos territoriales y locales.

El mundo del trabajo y los lugares de humillación

Creo no equivocarme si afirmo que prácticamente todas las mujeres peruanas que conocí durante mi investigación trabajaron en algún momento como empleadas domésticas, enfermeras o vendedoras ambulantes. Y tampoco incurro en una exageración si afirmo que absolutamente todas ellas me refirieron haber sufrido, en algún momento, experiencias de humillación en esos ámbitos laborales (ver también Ariza, 2016; Canevaro, 2016 y Gorban, 2013). Siguiendo las propuestas de Ariza (2016:288) y de Hartling et.al. (2000), entiendo a la humillación como una “emoción moral” que surge a partir de una interacción social que es vivida como inmerecida e injusta y que atenta “contra la dignidad personal, contra el sentido de autorrespeto y de valor que cada uno merece por su condición de persona”. Sentirse humillado, explica Ariza (2016:289), “es ser puesto por debajo, ser devaluado por la vía de la coacción por otro ser humano”. Y, como muestra la autora a partir de su investigación con mujeres migrantes que trabajan en el empleo doméstico en Madrid, la humillación es una vivencia emocional fuertemente vinculada con la migración laboral, “en tanto las ocupaciones que ejerce gran parte de los inmigrantes suelen estar socialmente degradadas” (Ariza, 2016:292). El empleo doméstico, la enfermería y la venta ambulante son inserciones laborales que, como veremos, cargan con el peso de una gran desvalorización y cuentan con “suficientes elementos asimétricos y coercitivos como para despertar sentimientos recurrentes de humillación social” (Ariza, 2016:294). En este sentido, creo que vale la pena retomar también el planteo de Fassin (2016:166), quien sostiene que la humillación constituye una forma de “violencia

moral”, es decir, una violencia no-física que actúa “contra la integridad y la dignidad” de las personas.

Naturalmente, no es solo humillación lo que se puede encontrar en el mundo del trabajo. Como señala Skeggs, (2002:61): aunque conscientes de la explotación que sufren, las mujeres de clases trabajadoras también producen allí sentimientos de responsabilidad, de valor, de utilidad. Por eso, no se trata de absolutizar la humillación como la única experiencia asociada al mundo laboral, sino entrar de lleno en esta experiencia particular para explorar cómo y por qué se conecta con las experiencias de aquello que, en este artículo, propongo llamar el mundo de la política. La cuestión, como diría Phillipe Bourgois (2010:137), es “estructural”. Así como los portorriqueños viviendo en Nueva York que aparecen en el estudio de este antropólogo, las circunstancias en las que se encontraban las mujeres (y también los varones) que conocí a lo largo de mi trabajo de campo, los conducían a los sectores más precarios de la economía. El punto es que, como escuché de boca de muchas mujeres a lo largo de estos años, estos trabajos se caracterizan por formas extremas de asimetría y explotación.

En el caso del empleo doméstico, una de las formas más palpables en las que se da esta asimetría tiene que ver con los modos de contratación: según datos publicados por el Instituto Nacional de Estadísticas y Censos (INDEC, 2019), en el 2018 más del 70% de las trabajadoras de este sector se encontraba sin registrar, siendo el sector que mayor informalidad presenta a nivel país. A esto se le suman distintas formas de precarización, como el cobro de salarios por debajo del valor correspondiente, la ausencia de licencias pertinentes (es muy usual y recurrente la negación a otorgar licencia por maternidad), y el despido sin indemnización. Ocurre que, hasta el año 2013, el trabajo doméstico se encontraba regulado por un Decreto Ley sancionado en 1956, en plena dictadura militar, que no contemplaba derechos tales como el aguinaldo, la indemnización sobre el salario completo y las licencias por maternidad o enfermedad (Gorban, 2013:71).

En el caso de la enfermería, las condiciones laborales no están tan precarizadas. Como muestra Mallimaci Barral (2016:408) “el solo hecho de que la enfermería sea considerada una actividad profesional, autónoma, regulada, con altas tasas de registro, la ubica en una posición superior en términos de condiciones laborales a los empleos vinculados al servicio doméstico”. Sin embargo, en estos casos la precarización se relaciona, por ejemplo, con los turnos que mis interlocutoras tenían que cumplir. “En los sanatorios, por la noche, hay mayormente enfermeros peruanos y enfermeras peruanas”, me explicaba Luz, una vecina de Clara. “Los dueños tapan los huecos de la noche con enfermeros extranjeros porque

saben que necesitamos y que somos de trabajo”. Por su parte, en el caso de la venta ambulante y tareas asociadas a aquello que hoy se conoce como la “economía popular”, la desprotección es todavía mayor, puesto que no cuentan con ninguno de los derechos asociados al trabajo asalariado. Es por ello que, distintos autores, se refieren a este sector de la clase trabajadora como el “precariado” (ver Standing, 2013).

Ahora bien, si algo surge de las conversaciones y entrevistas con las mujeres que acompañé es que, en las relaciones cotidianas que establecen con sus empleadores y con la sociedad en general, a estas formas concretas y materiales de asimetría, se suman un sinnúmero de desigualdades y maltratos que son experimentados como formas de humillación. Uno de los que más se repitió en los testimonios de mis interlocutoras que se dedicaban al empleo doméstico tiene que ver con la comida (ver también Gorban, 2013 y Ariza, 2016). “Una cosa que nunca me voy a olvidar fue cuando mi patrona se quejó porque había comido algunas galletas que estaban en la alacena. Me vio tomando un café con leche y unas galletas y me dijo: ‘a razón que me falta la leche y las galletas’. Y yo le decía: ‘Señora, un café con leche y unas galletas. ¡Un café con leche y unas galletas!’”. El testimonio es de Clara, pero bien podría haber sido de cualquiera de las otras mujeres que conocí, puesto que todas me contaron situaciones similares, siempre con el mismo tono de impotencia en la voz. Vanesa las recuerda con mucho enojo, puesto que la falta de comida le trajo algunas complicaciones de salud.

Otra de las situaciones sociales más significativas tiene que ver con una práctica muy común en los “barrios cerrados”⁷ del país, pero que solo se hizo pública a finales del 2018 a raíz del revuelo que causó una protesta protagonizada por trabajadoras domésticas en el Nordelta, una localidad bonaerense reconocida por su alto nivel socioeconómico. En noviembre de ese año, las trabajadoras de uno de los barrios cerrados de dicha localidad se organizaron colectivamente para denunciar que el colectivo que circulaba al interior de este barrio no les permitía el ingreso, en un acto claramente discriminatorio. “Nos enteramos que (...) no nos dejan viajar en esos micros, con profesionales o propietarios porque en una reunión (...) dijeron bien claro que los vecinos (gerentes de importantes

⁷ Se trata de una modalidad de desarrollo urbano que se caracteriza por tener acceso restringido (de allí el concepto de “cerrado”, también referido como “privado”) y contar con vigilancia las 24 horas del día. En Argentina, al igual que en otros países de América Latina, los barrios cerrados comenzaron a crecer durante la década del ’80, al calor de procesos de “gentrificación” de las grandes ciudades (ver Svampa, 2001).

empresas, políticos, empresarios, figuras mediáticas) no quieren viajar más con nosotras porque dicen que olemos mal y hablamos mucho”, comentaba una de las empleadas a los medios de comunicación (ver Cejas, 2018). Enterada de la noticia, Clara me recordó que en el barrio donde ella trabajó por más de 10 años, pasaba lo mismo: “nos juntaban a todas en tres colectivos que yo quisiera que veas algún día lo que son”.

Los retrasos y retaceos para pagar los sueldos y los aumentos también ejercen una desigualdad que es vivida por mis interlocutoras como un acto de humillación, fundamentalmente porque el contraste pone en evidencia las injusticias que viven. Uno de los relatos más ilustrativos sobre este tema lo escuché de boca de Judith, una vecina de Clara que era también “delegada” de la asamblea de su barrio y protagonista de los procesos políticos que conformaron ese lugar. Una tarde que fui a visitarla, Judith se encontraba muy enojada por una situación que había vivido por la mañana en la casa en la que trabajaba. Hacía varias semanas que ella venía reclamando un aumento que su empleadora se negaba en aceptar, cuando esa mañana la escuchó planear junto con su marido unas vacaciones en un hotel “muy lujoso” de Brasil que tenía “vista al mar” y costaba, según pudo escuchar, \$1000⁸ por día. “¡No sabes lo mal que me sentí cuando escuché eso!”, me contó Judith. Y agregó: “Imaginate: si sale \$1000 por día, y ellos se van 15 días, entonces tiene para gastar \$15000 sólo en el hotel. ¿Y sabes cuánto me pagan a mí? ¡\$2000⁹ por mes! Ahí yo me di cuenta que me están pagando muy poco ¿cómo puede ser que tenga para pagar tanta plata en las vacaciones, pero no me pueda pagar más a mí?”. Aunque en contextos totalmente distintos, creo que la amargura de Judith habla también de ese sentimiento que detecta Bourgois (2010: 137) entre los migrantes portorriqueños en Nueva York: el sentimiento de humillación que genera el “penoso enfrentamiento con el mundo de la clase media alta” entre las clases trabajadoras que se encuentran (y se saben) excluidas de ese mundo. Un mundo que, en esa misma conversación, Judith definió como “de ricos” y, al hacerlo, me permitió pensar en la sensación de “ultraje racista” que, según Bourgois (2010: 167), el contacto con esa “riqueza descomunal” representa para sus interlocutores.

Para los trabajadores de la economía popular, una de las formas de humillación que más se repite tiene que ver con los insultos que reciben a diario tanto en la calle (cuando realizan movilizaciones), como en los medios de comunicación,

⁸ Por aquel entonces, el equivalente a 76 dólares americanos.

⁹ 152 dólares americanos.

donde espectadores, periodistas y políticos suelen acusarlos de “vagos” y “mantenidos por el Estado”, en tanto muchos de estos trabajadores cobran planes sociales que apuntan a complementar sus ingresos y reducir su vulnerabilidad. “Choriplanero” —epítome que une, en la contundencia de una sola palabra, dos de los apodos más peyorativos de la política argentina: “choripanero” (aquél de quien se sospecha que participa de la política popular motivado únicamente por un interés espurio: el económico, graficado en la imagen del choripán y la coca) y “planero” (aquél beneficiario de planes sociales, de quién se presupone una vagancia casi inherente)— es el insulto que más comúnmente se escucha y el que más atenta contra la dignidad personal de estos trabajadores.

La noción de humillación en su condición de “violencia moral” (Fassin, 2016) emerge entonces con toda su fuerza en los testimonios y situaciones referidas. Sin embargo, es preciso señalar que, algunas veces, muchas de estas opresiones traspasan incluso la frontera de lo moral y llegan a materializarse en formas concretas de violencia física, como cuando uno de sus empleadores quiso golpear a Marta porque se había quejado por su paga, o como cuando, durante las movilizaciones, la gente tira huevos desde los balcones de los edificios para agredir a los integrantes de los movimientos sociales de la economía popular en los que se nuclean las vendedoras ambulantes y feriantes como Marta y Vanesa.

Sobre el valor de la política como *lugar* de respetabilidad

Hacia más de dos horas y casi dos kilómetros que veníamos conversando al calor de los redoblantes y los tambores, envueltas en banderas del Evita-CTEP iguales a las que varias de nosotras intentábamos sostener lo más alto que nos daban los brazos. De todas las marchas a las que había asistido junto a Vanesa y a las mujeres que acompañaban su trabajo como referente territorial, esta fue sin dudas la más numerosa. De eso veníamos conversando con Guada, una de las mujeres que trabajaba con ella, cuando me empezó a contar sobre la actividad del jueves anterior: finalmente habían inaugurado el comedor en el salón comunal. Desde hacía algunos meses, en mayo de 2018, allí habían instalado una “copa de leche” en la que tres veces por semana le preparaban la merienda a más de 35 chicos del barrio. Pero, en el contexto de crisis económica que estábamos viviendo y que había dejado a más del 25% de la población por debajo de la línea de pobreza (INDEC, 2018), con las meriendas no alcanzaba y los vecinos les habían empezado a preguntar sobre la posibilidad de abrir también un comedor que les ayudase con la cena de los niños. Vanesa receptó el pedido y se lo comunicó a Esteban, su dirigente inmediato en la organización. Tras varias

semanas de insistencia, Esteban le comunicó que habían contemplado el pedido y que les iban a “bajar” más cantidad de mercadería y algunas garrafas de gas. Y así, el jueves previo a la marcha, finalmente habían inaugurado el comedor “Pancitas calientes”, sirviéndoles a los 45 niños que fueron, un plato de guiso de lentejas. “No sabés cómo se puso la Vanesa”, me contó Guada. “Se emocionó muchísimo, lloraba desconsoladamente. Nosotras la abrazamos y, cuando pudo volver a hablar, dijo que estaba muy emocionada de ver que estos eran los frutos de las semillas que ella viene plantando desde hace tanto tiempo. Nos hizo emocionar a todas”. Escuché el relato de Guada con piel de gallina; aunque yo no había podido estar presente el día de la inauguración del comedor, me pude representar perfectamente la escena: en muchas otras oportunidades había visto a Vanesa y a otras de las mujeres peruanas que acompañé durante mi trabajo de campo, emocionarse hasta las lágrimas en situaciones como estas.

Una de las escenas vividas un par de días antes con Marta, referente territorial y presidenta de la Junta Vecinal de barrio Sabattini -uno de los asentamientos en donde se concentra gran parte de la población peruana que llegó a la ciudad de Córdoba en los últimos 10 años- me daba pistas para imaginar la emoción de Vanesa al inaugurar el comedor. Ese día, Marta y yo estábamos sentadas en la mesa del patio junto a sus hijas, sus nietos y Neri (una de las mujeres que trabajaba en el merendero), haciendo la rendición contable de una “pollada”, una comida peruana que las vecinas habían vendido para juntar dinero para los trámites de la inscripción de su organización como asociación civil. Desde que conocí a Marta, en agosto de 2012, formalizar el grupo de mujeres con el que trabajaba en el barrio era uno de sus anhelos más importantes; anhelo que parecía cada vez más próximo y que el éxito de la recaudación de la pollada dejaba aún más cerca. Por eso, cuando terminamos de contar el dinero ese día, todas nos pusimos muy contentas. Darle una personería jurídica al grupo de más de 20 vecinas con el que Marta venía trabajando desde hacía tantos años les iba a permitir, entre otras cosas, empezar a aplicar a diversos programas estatales (el más deseado por ellas en ese momento era el “Salas Cuna”, un programa provincial dependiente de la Secretaría de Equidad y Empleo que, articulando con ONGs y asociaciones civiles de inserción territorial, construye y sostiene espacios de cuidado para bebés y niños de cero a tres años). Desde adentro de su casa, Ricardo, el marido de Marta, nos vio festejar y salió especialmente al patio para unirse a nosotras. “Negra, ¿tú te das cuenta de todo lo que has logrado?”, le dijo, y ella estalló en un llanto conmovedor. Mientras se escurría las lágrimas, nos explicó que lloraba “Porque siempre ha sido con tanto esfuerzo, siempre hemos trabajado tanto”. “Tú nos has visto, siempre hemos trabajado sin ni siquiera cobrar nada”, agregó, dirigiéndose especialmente hacia mí, como si mi

presencia, externa a la organización que estaban por consolidar, fuese una garantía de la objetividad de sus palabras.

Otra de las escenas evocadas por el comentario de Guada sucedió tres años antes de esa conversación, una tarde de noviembre de 2015, cuando acompañé a Clara (mi interlocutora principal por aquel momento) a las oficinas del consulado peruano. Nos habíamos acercado allí para solicitar la colaboración del organismo en la fiesta de navidad que las vecinas estaban organizando para los niños del barrio. Cuando la secretaria del cónsul nos recibió, Clara le explicó que era *referente* de Los Pinos, un barrio que se destacaba por la gran cantidad de peruanos que allí vivían. Le comentó también que, desde hacía varios años, estaba trabajando con un grupo de vecinas llamado “Mujeres Haciendo Historia en la Comunidad”, con las cuales venían armando distintos proyectos para mejorar el barrio. Orgullosa, empezó a describir varios de los proyectos que estaban implementando y, a medida que los enumeraba, su voz se empezó a quebrar. “Usted perdóneme”, le dijo a la secretaria, mientras se secaba las lágrimas con un pañuelo que sacó de su bolsillo, “Pero es que yo me pongo a hablar y realmente me emociono. Es que hemos hecho mucho, con mucho trabajo”. Una situación similar se repitió durante las palabras de agradecimiento que Clara pronunció el día en que la Legislatura de Córdoba le entregó un reconocimiento a su trayectoria y “aportes” como “mujer inmigrante”. Con el tiempo, aprendió a contener las lágrimas, “Para no parecer tan llorona”, pero, para quienes la conocemos, las pausas que hace entre palabra y palabra en situaciones como estas revelan que la emoción sigue intacta.

La cantidad de veces que durante mi trabajo de campo registré escenas similares a esta, me advirtió sobre la importancia de reparar en la carga afectiva que los procesos de organización colectiva y participación política tenían para las mujeres migrantes que venía acompañando. ¿Qué estaba contenido y expresado en esas lágrimas?, ¿por qué era tan profunda esa “emoción” que manifestaron Vanesa, Marta y Clara? Lo primero que es preciso señalar es que, en todos los casos, esas lágrimas aparecían en situaciones que eran experimentadas como la materialización de logros. Es decir, evocaban un camino recorrido (“siempre ha sido con tanto esfuerzo, siempre hemos trabajado tanto”) y un lugar de llegada. Y ese lugar no era solo algo material (el comedor de Vanesa, la personería del grupo de Marta), sino que marcaba, fundamentalmente, el lugar de ellas. Con esto quiero decir que, para esas mujeres, la política no era solamente un “medio” para conseguir un fin, sino que era también un *lugar* en sí mismo.

En el trayecto de mi investigación, este desplazamiento estuvo originalmente vinculado al estudio de las problemáticas habitacionales que enfrentan los mi-

grantes latinoamericanos en la Argentina contemporánea. En mi investigación de maestría (Perissinotti, 2019), la política apareció primero como una herramienta en la búsqueda de “un lugar donde vivir”, un medio fundamental para producir ese lugar que mis interlocutoras querían construir (un espacio, un territorio, un barrio). Pero si algo me mostró mi etnografía es que eso no era todo, porque construir “un lugar donde vivir” significaba también, como sostienen Doreen Massey (2012) y Virginia Manzano (2015), construir *vínculos*. Vínculos que garantizaran un lugar social. Es decir, que les dieran la posibilidad de ser alguien en este nuevo lugar al que habían llegado y en el que habían decidido permanecer. Este “ser alguien” refiere a un lugar social y subjetivo de dignificación que, valiéndonos de la categoría analítica de Skeggs (2002), podemos entender como un lugar de respetabilidad.

“La respetabilidad”, sostiene la autora, refiere a una “amalgama de signos” definidos y reconocidos socialmente que identifican a una persona con condiciones subjetivas de autoestima y dignidad (Skeggs, 2002:15). Y, como nos enseña Bourgois (2010:339), “la búsqueda del sentido de dignidad y de realización personal es igual de importante que el sustento físico”: las personas valoran y buscan conservar, mantenerse cerca de aquellas experiencias y lugares que les producen sentimientos de dignidad personal. Las experiencias de estas mujeres nos invitan a pensar entonces que, si podemos deshacernos de las etiquetas morales y normativas con las que muchas veces nos acercamos a observar la politicidad de los sectores populares, podremos darle “un lugar” a una dimensión central del involucramiento político: que, así como “las personas hacen política, la política hace personas” (Quirós, 2011:280).

Ahora bien, es preciso aclarar que, con esta propuesta, no estoy argumentando que mis interlocutoras se hayan involucrado en política buscando deliberadamente producir modos de existencia social, un abordaje “teleológico” y “utilitarista” muy común entre las lecturas académicas de la política popular (Quirós, 2008). Antes que como “motivaciones” para entrar-a, creo que esta idea de *la política como lugar* podría pensarse, en todo caso, como parte de los efectos “inesperados y emergentes” (Fernández Alvarez, Gaztañaga y Quirós, 2017) de los procesos de acción política. Por este motivo, sostener que la política acaba teniendo un lugar prácticamente existencial, no se reduce a una lectura asociada a la búsqueda del “reconocimiento”, como pareciera proponer Auyero (2004) en su estudio sobre las experiencias políticas de dos mujeres “piqueteras” en la Argentina de la década del noventa. Más bien, esta formulación pretende poner de relieve el hecho de que la política puede producir, como le gusta decir a Clara, la posibilidad de *existir*. De allí que la política se fuera revelando, también, como un lugar de respetabilidad, de dignificación, de habilitación, como un lugar

subjetivo, ontológico, “existencial”. En fin, un lugar en donde (poder) ser (respetable). Por eso, mi argumento es que la emoción que vimos en las situaciones sociales descritas en este apartado, nos habla del profundo valor que tiene para Marta, Vanesa y Clara el *lugar* que llegaron a ocupar, a través de la organización colectiva, como “referentes barriales” y/o “dirigentes políticas”. Y, como planteaba en la introducción, para comprender en profundidad ese valor, resulta imprescindible poner en relación el lugar de la política con otros lugares, como el ámbito laboral¹⁰.

Sobre la tensa y conflictiva convivencia entre humillación y respetabilidad

No fue sino hasta bastante entrado mi trabajo de campo que pude advertir que, en un ejercicio analítico, podía establecerse una conexión entre las experiencias de humillación en el mundo laboral y los procesos de organización colectiva que venía acompañando. Y es que, como podríamos afirmar siguiendo la propuesta de Bourdieu y Wacquant (1995), los hilos que unen las experiencias de nuestros interlocutores son muchas veces invisibles y el trabajo del investigador consiste en intentar reponer las relaciones que los anudan. Fue Clara quien me obligó (y me ayudó) a reparar en esta conexión. “A veces pienso que me gustaría que mis patrones vean todo esto que hago, que vean quién soy yo *en realidad*”, la escuché reflexionar en más de una ocasión. Pero no fue hasta mucho tiempo después de escucharla que comprendí a qué se refería exactamente con esas palabras y el peso que además tenían para ella. “Porque ellos conocen a la que agacha la cabeza, a la que es muda, a la que limpia los baños, a la que hace su trabajo y se va”, me explicó cuando me animé a preguntarle. “Pero yo digo: el día que se enteren quien está en su casa, va a ser muy tarde. Porque me van a ver en las fotos y se van a quedar con la boca abierta y van a decir ‘No nos habíamos dado cuenta quién estaba en mi casa’. Porque, por más que yo limpie baños, por más que muchas veces me humillen, por más que me tenga que quedar en silencio, yo sigo siendo Clara Yuspe Trujillo, una mujer que marca la diferencia”, me contaba, mientras fantaseaba con la posibilidad de que su nombre apareciera algún día en un diario importante de la ciudad, retratando el trabajo que había hecho junto con las mujeres de su barrio, un *barrio modelo*. Fueron estas palabras (y la emoción de la que estaban impregnadas) las que me marcaron que, desde la

¹⁰ Agradezco especialmente a Virginia Manzano, quien me alentó a seguir explorando estas conexiones.

experiencia y perspectiva de mis interlocutoras, el mundo del trabajo y el de la política no constituyen dos ámbitos separados, sino que se referencian y nutren mutuamente de maneras que es preciso explorar. Veamos.

Como he mostrado, también mis interlocutoras experimentaban la “humillante subordinación” en el mundo del trabajo de la que habla Bourgois (2010: 161) y que, siguiendo a Fassin (2016), propuse leer analíticamente en términos de violencia moral. Me pregunto entonces si, en el caso que aquí analizo, la política no estará ocupando, de alguna manera, ese lugar de oposición, de “rechazo triunfal a la subordinación social” que Bourgois (2010: 176) encuentra en “la cultura callejera” de los portorriqueños del Harlem. Si prestamos atención a las palabras de Clara que abrieron este apartado, creo que algo de esto se puede rastrear en las experiencias de las mujeres con las que trabajé. “Me gustaría que mis patrones vean quien soy yo *en realidad*”, me dijo en aquella ocasión y pienso que este “en realidad” quería decir: me gustaría que vean a la Clara “referente”, a la que apodaron “la presidenta Kirchner de Los Pinos”, a la Clara que sale en los medios —porque, tal como lo había deseado, cuatro años después de esa conversación, su nombre apareció por primera vez en el diario. Y algo similar pude percibir entre Marta y Vanesa. También ellas se refirieron (y pusieron en acto), en muchas ocasiones, a esta diferenciación.

Por ejemplo, en una asamblea del Movimiento Evita, Vanesa contó una serie de enfrentamientos que había tenido con un funcionario del Concejo Deliberante Municipal (el órgano legislativo de la ciudad de Córdoba) en el marco de una reunión de la que había participado como referente de los feriantes y vendedores ambulantes del parque Las Heras, la feria popular en la que trabaja. Ocurre que, unos meses antes de la reunión, se había corrido el rumor de que el Concejo Deliberante quería privatizar el parque, dejando sin posibilidades de trabajo a los feriantes que allí se congregan. Vanesa y un grupo de compañeros se acercaron entonces al Concejo para exigir una explicación y pedir que los funcionarios desestimen el proyecto. Pero en un contexto de fuerte desvalorización social y política de estas formas populares e informales de trabajo —desvalorización que se condensa en el apodo “choriplanero”— los funcionarios municipales se negaron a recibir su pedido, arguyendo que los vendedores no tenían ningún derecho sobre el uso del parque. “Si supiera quién soy, si supiera los años de militancia que tengo encima, si supiera cómo me sé mover en política”, se quejó después Vanesa por el destrato y el menosprecio recibido. De un modo similar al “quién soy yo en realidad” de Clara, el “si supiera quien soy” de Vanesa remite a una posición subjetiva mejor valorada por ella: la de una persona que, gracias a sus años de militancia es “alguien” en ese mundo de la política, no una “choriplanera” sin derecho a reclamar el uso de un espacio público.

Como vimos en el apartado anterior, este “ser alguien” refiere a un lugar social y subjetivo de dignificación, lugar que estas mujeres llegaron a ocupar a través y en virtud de su participación en espacios de organización política, y que -en sus vivencias, discursos y reflexiones- ellas *oponen* a la humillación sufrida en sus ámbitos laborales, en donde “patrones”, ciudadanos y medios de comunicación las ubican en lugares de poca o nula respetabilidad. Siguiendo a Skeggs (2002:3, traducción propia), “no ser respetable es tener poco valor social o legitimidad”. Por eso, la respetabilidad suele ser una preocupación para quienes se saben socialmente posicionados, observados y juzgados como personas poco respetables, tal como las mujeres migrantes con las que trabajé, o las mujeres de clases trabajadoras protagonistas de la investigación de Skeggs. Como señala la autora, y como vimos a lo largo de estas páginas, estas mujeres no son ajenas a dichas miradas, sino que “viven sus lugares sociales con inquietud” (Skeggs, 2002:4, traducción propia). Por eso, aquello que estoy proponiendo es que, efectivamente, el mundo del trabajo en que estas mujeres estaban inmersas se encuentra fuertemente imbricado con el mundo de la política, incluso si eso no es algo que se “vea” a simple vista.

En su investigación sobre la humillación que sufren trabajadoras domésticas migrantes en Madrid, Ariza (2016:315) sostiene que este sentimiento “demanda una respuesta activa de reposicionamiento del actor”. A partir de sus entrevistas, la autora identifica una de las formas que asume esa respuesta: pequeños actos de “venganza” que, por un momento, compensan y reequilibran la situación de fuerzas, tal vez en un sentido similar al que lo hacen las formas de “resistencia normal” identificadas por Scott (2014). Pero en el caso que aquí analizamos, los lugares de humillación no se revierten a partir de actos de “venganza” directos contra quienes ejercen la humillación en el espacio de trabajo, sino a partir de poner de manifiesto los lugares social y subjetivamente más valorados que ocupan en otro espacio social que pareciera no necesariamente unido al ámbito donde sucede la humillación, pero que mis interlocutoras se encargaron de entrelazar. Desde la perspectiva de estas mujeres, los lugares de respetabilidad que construyen en el mundo de la política adquieren un valor existencial justamente porque son lugares en donde su subjetividad ocupa un lugar de valor, dignidad, reconocimiento y respeto que relativiza los lugares de humillación que viven en otros ámbitos de sus vidas.

Esto no quiere decir que esos lugares de respetabilidad “reparen” automáticamente las heridas ligadas a la violencia moral implicada en la humillación. Tampoco acaban con las condiciones estructurales de asimetría y opresión, justamente porque se trata de lugares subjetivos, no de lugares materiales. Por eso, siguiendo la advertencia de Bourgois (2010: 333), considero imprescindible seña-

lar que esta respetabilidad lograda a partir y a través de lo que en este artículo llamé el mundo de la política, tampoco constituye “una panacea” que acaba con el sufrimiento y las constricciones estructurales que afectan la vida de las protagonistas de mi investigación y sus familias. Aunque haya salido en el diario, Clara sigue sin conseguir que sus empleadores formalicen su situación laboral. Aunque Vanesa sabe que es una militante reconocida en los ámbitos políticos en donde se mueve, sigue teniendo que salir todos los fines de semana a la feria popular en la que vende ropa usada, incluso si ya me dijo en varias oportunidades que está cansada y que desearía poder iniciar los trámites de una jubilación a la que sabe que no va a poder acceder. Aunque Marta se hizo tan conocida que la “mismísima” Cristina Fernández de Kirchner la llamó por teléfono cuando era presidenta de la Nación (en su segundo mandato, 2007-2015) para felicitarla por su trabajo en el barrio, todavía no logró que el Estado se haga cargo de colocar un conducto de agua adecuado, de modo que ella y sus vecinos puedan acceder al agua potable y dejen de tener que recolectar agua de lluvia en baldes o trasladarla en carretilla desde el barrio contiguo. Para decirlo con otras palabras, las situaciones que abordé en este artículo nos muestran que este lugar de la política no es lineal, sino que es en sí mismo un lugar controvertido y paradójico, pues anida al mismo tiempo respetos y destratos, reconocimientos y sufrimientos. Así como la cultura callejera que indaga Bourgois (2010) encierra una auto-destrucción que el autor retrata en toda su crudeza, la política también encierra sus propias paradojas, como la frustración que muchas veces sienten estas mujeres frente a las condiciones estructurales que buscan revertir, pero que siguen operando de formas muy concretas en sus vidas cotidianas.

Bibliografía

- Abal Medina, Paula (2014), *Ser sólo un número más. Trabajadores jóvenes, grandes empresas, activismos sindicales en la Argentina actual*, Buenos Aires: Biblos.
- Abal Medina, Paula (2016), “Las formas políticas del trabajo”, *Revista Anfibia*. Disponible en: <http://www.revistaanfibia.com/ensayo/las-formas-politicas-del-trabajo>, [24/02/2019].
- Abal Medina, Paula y Nicolás Diana Menéndez (2011). *Colectivos Resistentes. Procesos de politización de trabajadores/as en la Argentina contemporánea*. Buenos Aires: Imago Mundi.
- Ariza, Marina, (2016), Tonalidades emocionales en la experiencia de la migración laboral. Humillación y degradación social, en *Emociones, afectos y sociología. Diálogos desde la investigación social y la interdisciplina*, México: UNAM, 279-328

- Auyero, Javier (2004), *Vidas beligerantes. Dos mujeres argentinas, dos protestas y la búsqueda de reconocimiento*, Buenos Aires: UNQ.
- Borges, Antonádia (2003). *Tempo de Brasília: etnografando lugares-eventos da política*, Río de Janeiro: NuAP.
- Bourdieu, Pierre, (1997), *Razones prácticas. Sobre la teoría de la acción*. Barcelona: Anagrama.
- Bourdieu, Pierre y Loïc Wacquant (1995), “Pensar en términos relacionales”, en *Respuestas, por una antropología reflexiva*, México DF: Grijalbo, 167-175.
- Bourgois, Philippe (2010), *En busca de respeto. Vendiendo crack en Harlem*. Buenos Aires: Siglo XXI.
- Canelo, Brenda (2013), *Fronteras internas: Migración y disputas espaciales en la ciudad de Buenos Aires*, Buenos Aires: Antropofagia.
- Canevaro, Santiago, (2016), Afectividad, ambivalencias y desigualdades. Apuntes para pensar los afectos en las relaciones sociales en el servicio doméstico de Buenos Aires, en Marina Ariza (Coord.) *Emociones, afectos y sociología. Diálogos desde la investigación social y la interdisciplina*, México: UNAM, 241-278.
- Cejas, Leila (2018), “Trabajadoras domésticas de Nordelta se rebelan ante el desprecio patronal”, *La Izquierda Diario*. Disponible en: <https://www.laizquierdadiario.com/Trabajadoras-domesticas-de-Nordelta-se-rebelan-ante-el-desprecio-patronal>, [20/03/2019].
- De la Haba Morales, Juan (2008), “Inmigración/sindicalismo como problema. Reflexiones metodológicas y epistemológicas”, en Santamaría Lorenzo, Enrique (Coord.), *Retos epistemológicos de las migraciones transnacionales*, Barcelona: Anthropos, 165-198.
- De la Haba Morales, Juan (2002), “Trabajadores inmigrantes y acción colectiva: una panorámica sobre las relaciones entre inmigrantes y sindicalismo en Europa”, *Papers: Revista de Sociología* (66), 155-186.
- Delfini, Marcelo y Juan Montes Cató (2016), *Recomposición del capital y respuestas sindicales en Argentina ¿Hacia nuevas relaciones laborales?*, Los Polvorines: UNGS.
- Fassin, Didier, (2016), *La fuerza del orden: una etnografía del accionar policial en las periferias urbanas*. Buenos Aires: Siglo Veintiuno Editores.
- Fernández Álvarez, María Inés (2016a), *Hacer juntos(as). Dinámicas, contornos y relieves de la política colectiva*, Buenos Aires: Biblos.
- Fernández Álvarez, María Inés (2016b), “Productive work as political action: daily practices of struggle and work in a Recovered Factory”, *Journal of Latin American and Caribbean Anthropology* 21 (2), 254 – 275

- Fernández Álvarez, María Inés, Julieta Quirós y Julieta Gaztañaga (2017), “La política como proceso vivo: diálogos etnográficos y un experimento de encuentro conceptual”, *Revista Mexicana de Ciencias Políticas y Sociales* (231), 277-304.
- Fernández Álvarez, María Inés, Leila Litman y Santiago Sorroche (2015), “Contornos (políticos) de la sustentabilidad (económica): notas etnográficas a partir del estudio de dos organizaciones de la ‘economía social’”, *Identidades* 8 (5), 1-12.
- Ferraudi Curto, María Cecilia (2014), *Ni punteros ni piqueteros. Urbanización y política en una villa del conurbano*, Buenos Aires: Gorla.
- Gago, Verónica y Eva García Pérez (2014), “Ciudad próspera, ciudad monstruosa: nuevas racionalidades urbanas a partir del caso Indoamericano”, *Quid 16: Revista del Área de Estudios Urbanos* (4), 66-83.
- Gallinati, Carla (2015), “Vivir en la villa y luchar por la vivienda. O sobre una de las formas de ser migrante en la ciudad de Buenos Aires”, *Odisea. Revista de Estudios Migratorios* 2, 51-78.
- Gorban, Débora (2013), “El trabajo doméstico se sienta a la mesa: la comida en la configuración de las relaciones entre empleadores y empleadas en la ciudad de Buenos Aires”, *Revista de Estudios Sociales* (45), 67-79.
- Grimson, Alejandro, (2009), “Articulaciones cambiantes de clase y etnicidad: una villa miseria de Buenos Aires”, en Alejandro Grimson, Cecilia Ferraudi Curto y Ramiro Segura, *La vida política en los barrios populares de Buenos Aires*, Buenos Aires: Prometeo, 221 – 247.
- Groisman, Fernando y María Eugenia Sconfienza (2013), “El servicio doméstico en Argentina. Particularidades y desafíos de un sector relegado (2004-2012)”, *Carta Económica Regional* (14), 151-172
- Hartling et.al. (2000), Shame and Humiliation: From Isolation to Relational Transformation, *Work in progress* (88), 1-14.
- INDEC (2019), “Cuenta de generación del ingreso e insumo de mano de obra. Estimación provisoria del tercer trimestre de 2018”. Disponible en: https://www.indec.gov.ar/uploads/informesdeprensa/cgi_01_19.pdf, [18/03/2019].
- INDEC (2018), “Incidencia de la pobreza y la indigencia en 31 aglomerados urbanos. Primer semestre de 2018”. Disponible en: https://www.indec.gov.ar/uploads/informesdeprensa/eph_pobreza_01_18.pdf, [18/03/2019].
- Lagroye, Jaques (2003). *La politisation*, Paris : Belin.
- Litman, Leila (2017), Producir desde la incomodidad. Una economía moral del trabajo autogestionado. Tesis de Doctorado. Disponible en:

http://repositorio.filo.uba.ar/bitstream/handle/filodigital/6007/uba_ffyl_t_2017_8_282.pdf?sequence=1&isAllowed=y [20/03/2019].

- Magliano, María José (2015), “Interseccionalidad y migraciones: potencialidades y desafíos”, *Estudios Feministas* 23 (3), 691-712.
- Magliano, María José, María Victoria Perissinotti y Denise Zenklusen (2017), “Las luchas de la migración en contextos laborales: la experiencia de sindicalización de una trabajadora doméstica peruana en Córdoba, Argentina”, *Trabajo y Sociedad* (28), 309-326.
- Magliano, María José, María Victoria Perissinotti y Denise Zenklusen (2014), “Estrategias en torno a las formas de apropiación y organización del espacio en un barrio de migrantes de la ciudad de Córdoba, Argentina”, *Estudios demográficos y urbanos* 29 (3), 513-540.
- Mallimaci Barral, Ana Inés (2016), “Migraciones y cuidados. La enfermería como opción laboral de mujeres migrantes en la ciudad de Buenos Aires”, *Universitas humanística* (82), 395-428
- Manzano, Virginia (2015), “Lugar, trabajo y bienestar: la organización barrial tupac amaru en clave de política relacional”, *Publicar-En Antropología y Ciencias Sociales* (19), 9-36.
- Manzano, Virginia (2013), *La política en movimiento. Movilizaciones Colectivas y Políticas Estatales en la Vida del Gran Buenos Aires*, Rosario: Prohistoria.
- Marcos, Mariana y Gabriela Mera (2018), “Migración, vivienda y desigualdades urbanas: condiciones socio-habitacionales de los migrantes regionales en Buenos Aires”, *Revista INVI* 33 (92), 53-86.
- Massey, Doreen (2012). “Un sentido global de lugar”, en Albet, Abel y Nuria Benach (Comps.), *Doreen Massey, un sentido global del lugar*, Barcelona: Icaria, 112-129.
- Mera, Gabriela y Luciana Vaccotti (2013), “Migración y déficit habitacional en la Ciudad de Buenos Aires: resignificando el problema”, *Argumentos. Revista de crítica social* (15), 176-202.
- Merklen, Denis (1997), “Organización comunitaria y práctica política. Las ocupaciones de tierras en el conurbano de Buenos Aires”, *Nueva Sociedad* (194), 162-177.
- Munck, Ronaldo (2014), “Globalización, sindicatos y migración laboral: Viejos dilemas, nuevas oportunidades”, *Migración y Desarrollo* 12 (23), 5-40
- Perissinotti, María Victoria (2019), *La política como lugar. Trabajadores, migrantes y luchas por la ciudad en Córdoba, Argentina*. Buenos Aires: Antropofagia.
- Perissinotti, María Victoria (2018), “Migración, género y política en las luchas por el acceso al espacio urbano. Una aproximación desde un grupo de mujeres peruanas en la ciudad de Córdoba, Argentina”, en Magliano, María José (Ed.), *Entre márgenes, in-*

- tersticios e intersecciones: desafíos pendientes entre género y migraciones*, Buenos Aires: Teseco-press, 55-85.
- Quirós, Julieta (2014), Etnografiar mundos vívidos: desafíos de trabajo de campo, escritura y enseñanza en antropología, *Publicar en Antropología y Ciencias Sociales* (17), 47-65.
- Quirós, Julieta (2011), *El porqué de los que van. Peronistas y piqueteros en el Gran Buenos Aires (una antropología de la política vivida)*, Buenos Aires: Antropofagia.
- Quirós, Julieta (2008), “Piqueteros y peronistas en la lucha del Gran Buenos Aires. Por una visión no instrumental de la política popular”, *Cuadernos de Antropología Social* (27), 113-131.
- Rosato, Ana y Fernando Balbi (2003), “Introducción”, en Rosato, Ana y Fernando Balbi, *Representaciones sociales y procesos políticos. Estudios desde la antropología social*, Buenos Aires: Antropofagia, 11-27.
- Sayad, Abdelmalek (1998), *Imigração ou os paradoxos da alteridade*, São Paulo: Edusp.
- Scott, James, (2014), Explotación normal, resistencia normal, *Relaciones Internacionales* (26), 85-104.
- Señorans, Dolores (2018), El derecho a la vida digna. Formas de militancia en la economía popular en el Área Metropolitana de Buenos Aires. Tesis Doctoral. Disponible en: <http://repositorio.filo.uba.ar/handle/filodigital/9978> [20/03/2019].
- Skeggs, Beverly (2002), *Formations of class and gender*. Londres: Nottingham Trent University.
- Standing, Guy (2012), *El precariado: una nueva clase social*. Barcelona: Pasado y presente.
- Swampa, Maristella, (2001), *Los que ganaron. La vida en los countries y barrios privados*. Buenos Aires: Biblos.
- Vaccotti, Luciana (2017), “Migraciones, espacio y política Perspectivas teóricas para el abordaje del rol del Estado en la “lucha por la vivienda” (Ciudad de Buenos Aires, 2001-presente)”, *Estudios Sociales Contemporáneos* (11), 38-50.
- Ventrici, Patricia (2017), “La nueva camada. Experiencias de renovación sindical protagonizadas por jóvenes en la última década”, *Revista Latinoamericana de Estudios del Trabajo* 22 (37), 97-124.
- Wolanski, Sandra (2013), “Contra las pasantías truchas: el espacio político para la movilización de los pasantes telefónicos de la Ciudad de Buenos Aires”, *Kula. Antropólogos del Atlántico Sur* (8), 43-59.
- Zibecchi, Carla, (2014), Trayectorias de mujeres y trabajo de cuidado en el ámbito comunitario: algunas claves para su estudio, *La Ventana* (39), 97-139.